

Estamos en la red. Existimos en el ciberespacio o no existimos. Hasta ahora valía el papel, pero...¿ahora? Recuerdo que hace años Ana María Moix le decía un día a Adelaida García Morales, la autora de aquel inolvidable “Sur” que fue llevado al cine: “Aquí, ya sabes, o publicas un libro cada 2 ó 3 años o creen que te has muerto.” M^a del Valle Rubio, autora de quince libros de poesía, ha engarzado con *Cibernáculo* su temática más querida, la del amor, de tan larga tradición universal, con otra venida de los tiempos más próximos: internet.

Se trata, pues, del deseo en la pantalla, ante la pantalla, en la presencia/no presencia de la red, esa realidad de lo virtual, engañosa quizá, pero cierta en su desolación y su quimera. Su título, *Cibernáculo*, tiene la raíz o el prefijo “ciber”, sinónimo de red, y recuerda a la palabra semejante, *cenáculo*, sala o espacio de reunión o de cena. *Cibernáculo* es pues ese espacio, a una vez material y virtual, donde tienen lugar los encuentros/desencuentros amorosos.

Son varios los libros que María del Valle ha dedicado al tema amoroso, siempre latente y quizá nunca colmado, porque las razones de amor de otras generaciones de mujeres (hablamos del franquismo, de la primera posguerra, del encorsetamiento católico) no eran ni fáciles ni libres, había que tener en cuenta los hijos, la decencia, la honestidad, la buena imagen... mucho más siendo maestra.

“En guerra estoy conmigo y no me rindo”, escribe en un poema de su primer libro, *Residencia de olvido*, publicado en 1983. Pero ¿de verdad es una guerra consigo misma? ¿No es más bien una guerra con su enemigo desconocido, con el yo que conformaron la sociedad, la educación, las costumbres, la cultura de ese tiempo? Su enemigo está dentro de sí, pero no es algo consustancial, procede de fuera.

“Erotismo blanco”, dijo el escritor Fernando Iwasaki en la presentación que de la obra completa de María del Valle, *Inusitada luz*, hizo en Sevilla tras su publicación en 2007. Y es que el erotismo que

recorre su obra es el erotismo de la mujer que desea sin ocultarlo, y el blanco no es sólo una imagen que lo atraviesa, está presente porque es el color –real y simbólico– de eso que se expresa. “Blanco. / Lo blanco siempre. / Cetro de cal / y monte de palomas. / Amontonadas lunas / y azúcar primerísimo. / Arsenales de nardo y azucena. / (...) Almendro en flor / y pato derramado / en el estanque triste / de la nieve” (de *Clamor de travesía*, pag. 97). Una llama en la noche, el deseo innominado de eso que se expresa: “ora soy telaraña, ora león / o pez o contertulio de una tasca cualquiera / por donde corre el vino que no bebo” (de *Residencia de olvido*, pag. 59)

Pero los versos de Rubio Monge, aunque hablen de lo negativo, siempre son bellos, siempre frescos, siempre poseen la expresión más juvenil, más deslumbradora, más nueva. Fluidez, imágenes poderosas que atrapan la realidad pero alzándola en piruetas visionarias. Su ser pluriartístico dota de plasticidad su lenguaje, y ya antes había creado nuevas palabras uniendo dos o más de ellas: “Son las noches de radiopirenaica, / noches de Andorra y viento que destruye / el discodedicado” (en *Derrota de una reflexión*, pag. 113) O “Nieve en los ojos, lugarcansancio y nieve corazón” (del mismo libro, pag. 115)

Y su poesía es siempre actual aunque esté hablando de lo más clásico y es risueña aunque exprese lo más triste. Convive con su tiempo, y su tiempo va cambiando con su expresión, igual que cambian los escenarios, que son andaluces pero son también las ciudades del mundo. El poema titulado “Sur”, en *Derrota de una reflexión* es uno de los mejores poemas que se han escrito sobre Andalucía, y termina así: “Catedral y cabildo para sermón y fuga” (pag 135).

Con qué anhelo, con qué esperanza, con cuánta ternura fue Rubio Monge en sus libros desgranando sus sueños que fueron de niña y luego de novia y de mujer y de madre.

“Y luego regresábamos / cuando hallabas los bronquios / y yo resucitaba / de tu pequeña muerte”, escribe en el poema “Joselín, bocaluz”, del libro *Clamor de travesía* (pag. 93).

Hay una segunda etapa en la obra de la poeta, que la marca el libro *La hoguera infinita*: un libro de amor, de la fiesta y el festín del amor, con rastros del Cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Pero ese gran regocijo es este libro solo, y parte de los que vendrán después, en los que paulatinamente se va abriendo la tercera etapa, presente en los libros *Para una despedida* y *Sin palabras*. En *Acuérdate de vivir* se inicia la vuelta al presente, que continúa, cada vez más madura, en *Media vida*, *A cuerpo limpio* y *Donde nace el desvelo*. Y así llegamos al presente, con una voz poética que se sabe sabia, que ha aprendido a quererse, y ha aprendido a vivir el “carpe diem”, del que ha hecho su estandarte y su lema.

Los poemas de M^a del Valle contienen algunos rasgos comunes, como son, además de la plasticidad, pasión existencial, presencia del tren, de los caballos, del paisaje del campo, del mar y de la casa, de las ciudades, de la muchacha que fue, de las mujeres, de los hombres, del amor, y un erotismo que es expresión de la sed que no se sacia, que ya se sabe no saciada. Pero ese saber existencial es común a otros poetas y es tema de la poesía de todos los tiempos. La originalidad de Rubio Monge es haberla traducido al femenino, ha sido mirarla y expresarla desde la mirada de mujer y con la expresión y la sabiduría de un cuerpo de mujer. Expresión incisiva, precisa, honda, procedente siempre de sus raíces, las de lo rural, las del mar y el pueblo y la madre y el padre, como en el poema “Después de tres vueltas de llave”, en *El tiempo insobornable* (pag 180).

Ahora la voz poética sabe que está sola y sabe qué tiene que vivir y qué puede esperar. Final de trayecto y viva el mundo, las calles, el cine, el carmín, el vino y las flores. Que viva el tren y que viva la nieve. La nieve es el trasunto de esa pureza que se nos metía en los tuétanos del alma y ya no nos dejaba respirar, en esa lucha del cuerpo por reclamar lo que es suyo: el amor y el placer. Sin embargo, la línea que recorre toda su obra, la de la crítica al modelo de hombre-varón occidental, iniciada ya en el primer libro, *Residencia de olvido*, continúa en sus últimos poemas. “Perdidos en la noche nos amamos / como dos principiantes. Mi amor no tiene nombre, / ni rostro, ni actitudes, ni palabras” (del poema “Hay puertas” pag. 60)

Ahora, en *Cibernáculo* se encadenan, a modo de alegoría, lenguaje amoroso y léxico digital. No “a machamartillo” sino a manera de bordado o pintura, enlazando armoniosamente color y forma, primera y segunda capas en un único fundido. No es la primera vez que la poesía se aposenta en las nuevas tecnologías, el cine o la informática, pero sí es la primera –al menos yo no conozco otra– en que el resultado discurre como un todo fluyente, sin chirriar. Y, como en toda la obra de María del Valle, respira sensorialidad, no en vano es también pintora. Las imágenes son su forma de expresión, imágenes que aquí son totalmente nuevas.

Sí, la poesía no es únicamente la entrecortada, la que ha roto con el ritmo y la medida, como si procediera de la traducción a nuestro idioma de otras lenguas. La poesía, en este caso escrita en prosa, puede tener sus acentos prosódicos, sus ritmos musicales que piden ser cantados, sus silencios. Pero, con todo ello y a pesar de ello, la poesía puede seguir siendo clásica en su factura y a la vez posmoderna, tanto que en un primer nivel de lectura podemos arrancarnos por un bailable de vals o de tango, y a veces hasta parece palpitar un ritmo y un fraseo que nos acerca a ese otro palpito casi ajeno de lo canónico, la música del blues o del jazz.

Poemario y voz absolutamente contemporáneos. Con qué calidez y al mismo tiempo con cuánta novedad se alían dos temáticas que en un principio parecían tan alejadas. Lo virtual está ahí, supone la lejanía y tal vez la mentira, pero ese mismo campo le cuadra al destello y la ilusión de lo amoroso. Es el soplo de la libertad, de la juventud. La voz femenina se expresa desde el cuerpo y el deseo, en un diálogo/monólogo similar al delirio místico. Si “la esposa” de Juan de la Cruz clama siguiendo las huellas del amado: “¿Adónde te escondiste, / amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti, clamando, y eras ido.”, M^a del Valle escribe “...*la magia se estremece, el modem parpadea, la contraseña falla..., no funciona el empeño. Se cae el artilugio y me quedo colgada a la intemperie esperando el retorno.*” (pag. 45)

La amante voz de *Cibernáculo* inventa y reinventa una y otra vez al amado, por lo que este libro es una recreación, de rabiosa actualidad, de la mística tanto como de Bécquer (“yo soy un sueño, un imposible, / vano fantasma de niebla y luz; / soy incorpórea, soy intangible; / no puedo amarte. –¡Oh, ven; ven tú! (Rima XI). Y en el poema de la página 35 leemos: “*te recuerdo, te esculpo, te revelo, te trazo a mi medida. Visualizo tu imagen y aprovecho el deseo de crearte.(...) Disfruto de la magia, me convenzo de haberte rescatado de la nada.*”

Nadie había escrito la insatisfacción de la mujer frente a los hombres-duda o los hombres-pecado o los hombres-que buscan-mamá. La poesía de María del Valle es la búsqueda ansiosa del amor que no se colma porque no puede colmarse, pero que sigue y sigue sin perder la esperanza. Y no puede colmarse porque es la expresión palmaria de la imposibilidad de satisfacción del deseo femenino. Un deseo tan fácil y tan blanco... que necesita otro hombre, no el que ha modelado nuestra cultura; pero parece que ese hombre no está, no existe, no puede, no sabe.

Y ahora tampoco está, sigue siendo un imposible. Ahora se ha enmascarado, o se ha travestido, embozado en el engaño de lo virtual, y desde allí hace señales como un náufrago, pero sigue sin acabar de manifestarse, engañador de sí mismo y amparado en esa cárcel nueva que renueva su desposeída identidad.

El lenguaje a distancia de internet le cuadra al tema del amor, tan lleno siempre de dudas, reproches, fantasías, estados psicológicos de sube/alza-baja/desciende, sobre todo cuando falta la presencia de lo corporal, que asiste sin estar, lo que se ansía pero nunca llega, porque el cuerpo es, en ese amor, el imposible. Si Bécquer amaba al imposible, porque su mismo destello lo hacía eterno, la voz de *Cibernáculo* se pierde y se enreda anudando imposibles porque internet la sitúa en las antípodas: es lo irreal lo que se tiene y es lo corporal lo que se ansía. En ese paralelismo Juan de la Cruz-Bécquer se reúnen clasicidad formal –es un decir– junto con el romanticismo, al borde siempre de la pasión y de lo irracional.

Por todo ello, *Cibernáculo*, pese a quien pese, está llamado a ser obra de referencia, un clásico contemporáneo y posmoderno.

Notas:

1.- *Cibernáculo*, Vitrubio, 2012

2.- Las páginas citadas de libros anteriores corresponden a *Inusitada luz*, (Obra completa Chucena, Ayuntamiento 2007)